Arriba precisamente de la pieza que comenzóá arder, y en la que se alzaban los palos, trastos y tramoyas del coliseo, dormía el padre capellán del hospital, quien sintió el fuego á las 5 de la madrugada del día 20.

Inmediatamente dió aviso y al punto se trató de forzar la puerta que entraba á la pieza citada; pero aunque al principio sólo se percibió una densa humareda, luego que penetró el aire las voraces llamas empezaron á consumirlo todo.

Se declaró el incendio. El fuego se propagó con prontitud por todo el coliseo, que fué completamente consumido, lo mismo que gran parte del hospital.

La confusión era terrible. Los enfermos lanzaban gritos de angustia é imploraban con voces lastimeras auxilio y socorro, pues ya esperaban de un momento á otro ser víctimas de las llamas. Algunos á pesar de sus dolencias, saltaban de los lechos, y mal envueltos con sus sábanas, salían de los dormitorios, atravesaban los corredores, y bajaban á grandes saltos las escaleras desfilando como espectros por la penumbra que proyectaban en el patio las rojizas llamas del incendio. Otros, débiles por la convalecencia, ó devorados por la fiebre, eran conducidos en camillas á las casas vecinas del hospital, mientras se transladaban á los de San Hipólito y Espíritu Santo.

Cerca, en el convento de San Francisco, las campanas tocaban lóbregamente, y á ese lugar era conducido en silenciosa procesión, por frailes de la Orden, el Santísimo Sacramento que se hallaba en la iglesia del Hospital Real.

Adentro, se oía el estridente ruido que producían los muros que se desplomaban, las vigas de los techos que crujían, y las hojas de las puertas y de las ventanas que se arrancaban. Afuera, una multitud de gente acudía por curiosidad, mientras que los ministros enviados por el Virrey, Marqués de Valero, daban órdenes y hacían prodigios por contener la quemazón.

¡Todo fué inútil! pues "saciada la voracidad del fuego — dice un escritor — en la mayor parte de la fábrica, quedó la pequeña, que se

preservó tan maltratada, que apenas podía ser señal de su propia ruina."

Así concluyó el primer teatro que hubo en Nueva España. El día 20, en que amaneció incendiado — ¡extraña coincidencia! — se debía haber representado la comedia: "¡Aquí fué Troya!"

CAPÍTULO XXXV

EL ANTIGUO COLISEO

Incendiado el primer teatro, por el lamentable descuido de los mozos del Hospital Real, así como gran parte de este edificio, y una vez concluídas las reparaciones que se hicieron en tan benéfica institución, se resolvió construir en el mismo lugar otro Coliseo, pues no siendo justo, como dice un cronista, que el público "se privara de la común diversión, ni el Hospital careciese del producto de su renta, se determinó restablecerlo y se construyó también de madera en el mismo sitio en que se hallaba, donde permaneció algún tiempo, hasta que enseñando la experiencia el grave perjuicio que sufrían los pobres enfermos con el ruido de los concurrentes, que trataban sólo de su recreo y diversión, se rosolvió formar otro de la propia materia, como se practicó en 1725."[1]

Este tercer teatro que hubo en México, fué construído en un terreno de la propiedad del Hospital, situado entre el callejón del Espíritu Santo y la entonces calle de la Acequia, hoy llamada del Coliseo Viejo. Su entrada caía hacia este punto y todavía hace poco quedaban recuerdos de ella, pues era precisamente el arco de en medio, de distinta construcción, de los que formaron el portal del Coliseo. Arriba del arco existía un balcón, y en la parte superior de éste, una pequeña cruz en relieve bajo una cornisa rematada por dos almenas ; últimos restos de la fachada de aquel teatro.

1. Prólogo á las *Constituciones y Ordenanzas para el régimen y gobierno del Hospital Real y general de los indios de esta Nueva España*, mandadas guardar por Su Magestad en Real Cédula de 27 de Octubre de 1776. Con licencia del Superior Gobierno, impresas en México en la nueva oficina madrileña de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle de la Palma, año de 1778.

Veinticuatro años después, el Coliseo de la Acequia amenazaba ruina, á tal grado, que la autoridad superior mandó reconocerlo un día y por haber encontrado la comisión muchas vigas apolilladas, algunas vencidas y otras mal acomodadas, lo declaró inservible, y se previno que ya no se verificase ninguna representación.

El teatro aquel hubiera terminado, si la entonces primera dama Josefa Ordóñez, no hubiese influído con el maestro de arquitectura, D. Lorenzo Rodríguez, para que presentase un proyecto en el que se comprometía á repararlo en 3 semanas, por la cantidad de 1,500 pesos, y garantizando su duración por un espacio de 10 á 12 años.

Admitida la proposición se procedió á la obra, la cual se entregó previo el examen que de ella hizo el Ingeniero D. Felipe Feringán Cortés.

Por superior decreto de 29 de Noviembre de 1749, año en que se efectuó la compostura, se prohibieron las celosías de los palcos, "y se separaron las cazuelas de hombres y mugeres."

Asegura la relación, que ya hemos citado, que en cambio de la mala construcción del Coliseo, lucieron en él "excelentes habilidades," pues en 1731 lo había tomado por su cuenta Esteban Vela "que agradaba mucho en las tablas," y en 1736 había continuado en competencia con otros, entre los que más se distinguieron Felipa Sánchez, Nicolás Campos, Alejandro Monzón, Clemente Figueredo, y el famoso Francisco Diego de Asís, de quien dice Castro y Santa Anna en su *Diario*, "que murió el 27 de Enero de 1753, á la edad de 45 años, que era natural de San Angel, primer galán de este teatro, muy diestro en su arte, y que hace gran falta, que no es fácil supla otro en su compañía ; se enterró en la Iglesia del convento de San Bernardo. "

En cuanto á Vela, era tal su "notoria habilidad," que el Sr. D. Luis Antonio de Torres, "canónigo de esta Santa Iglesia" y Administrador del Hospital Real, consiguió que se le dejase la contrata del Coliseo, por nueve años, "dentro de los cuales falleció."

Muerto el famoso Vela, y ya precedida de gran fama, heredó e cetro del arte la no menos famosa actriz Doña Ana María de Castro, no desconocida del que haya leído nuestro capítulo anterior.

La de Castro, como eminente *estrella del arte* de aquellos tiempos, fué antojadiza y voluntariosa; gustaba de dirigir el teatro á su modo; sostuvo un ruidoso pleito con la viuda de Vela; era su gusto vestir con elegancia, para lo cual poseía un variado y bien surtido guardarropa, y el público de aquel entonces la aplaudía y admiraba con entusiasmo.

"El año de 1742 formó la Castro una compañía completa haciendo ella de dama y Diego Francisco de Asís de galán."

Uno de sus contemporáneos, D. Francisco Chávarri, en consulta que le hizo el Virrey, Duque de la Conquista, le decía á propósito de su mérito : "Es aclamada su viveza en representar, lo bien sentido del verso, consonancia de sus palabras, la retórica y viveza de sus acciones, la dulzura y armonía de su voz cuando canta."

"Mas lo que elevó el coliseo á un grado sobresaliente — dice el autor de la relación tantas veces citada — fué la afición del Señor Don Josef Cárdenas, Administrador del Real Hospital de Naturales, y contador honorario del Real Tribunal de Cuentas. En 1742 consiguió permiso de S. M. para ajustar en Cádiz algunas habilidades para este coliseo, y en ese año y en el siguiente ajustó á Josef Ordóñez é Isabel Gamarra su mujer, con sus dos hijas Vicenta y Josefa, de las cuales esta última fué después dama del teatro con mucha reputación, y casó con el célebre Panseco. Ajustó á Juan Gregorio Panseco, natural de Milán, músico de los batallones de Marina y sobresaliente en los instrumentos de violín, violón y flauta travesera ; á Josef Pisoni del Ducado de Milán, sobresaliente en violín, trompa de caccia y maestro de danza ; á Juan Bautista Arestin, francés sobresaliente en violín y violón ; á Gaspar y Andrés Espinosa, que tocaban flauta travesera, trompa de caccia, oboe y violín ; á Benito Andrés Preibus, del puerto de Santa María, que tenía la misma habilidad que los dos anteriores ; á Francisco Rueda y Petronila Ordóñez su mujer, destinados en el teatro de Barcelona, el marido sobresaliente en violín y trompa caccia, y la mujer, famosa actriz y excelente cantarina, que se acompañaba grandemente á sí misma con violín y guitarra, y finalmente, al célebre músico compositor, Don Ignacio Jerusalén,

natural de la ciudad de Leche en el reino de Nápoles, maestro de capilla, que fué después de esta Santa Iglesia Catedral, que en los maitines de su composición, tocados en la misma el Jueves Santo del año de 1753, á más del numerosísimo concurso, que para oirlos hubo, asistieron los Exmos. Señores Virreyes."

Estas son las pocas, pero curiosas y casi ignoradas noticias que acerca de las representaciones del Coliseo Viejo nos conservó D. J. S. E. en sus *Memorias del teatro de esta Corte, dadas con motivo de anunciarse ayer el incendio que padeció el Coliseo el año de* 1722, é impresas en el tomo 8° del *Diario de México*, (1800).

No nos ha sido posible adquirir más pormenores respecto al edificio, y sólo nos queda que decir que existió en el fondo del que es hoy conocido por *Teatro principal.*

Lo que consta también es que los productos de aquel teatro, como los de los dos anteriores, se destinaban para ayuda de gastos del Hospital Real ó de Naturales. El arrendamiento, y todo lo relativo al Coliseo, corría en un principio por cuenta de los religiosos hipólitos ; pero después estuvo á cargo de los administradores, pues aquellos elevaron una súplica al Rey, manifestándole que era impropio de su estado :

" Atender los corrales de las comedias, mezclarse con comediantes y con personas que iban á representar ó á ver las comedias, lo cual debía ser del mayordomo del hospital. "

" Raro espectáculo para aquel siglo — agrega el Sr. Orozco — los religiosos en comercio con los cómicos, y un teatro visto con tanta prevención, sirviendo para sacar socorro para los pobres enfermos. "

¿ Cuándo dejó de representarse en el Coliseo Viejo ? es cosa que también ignoramos, pero ya en Diciembre de 1752 se había comenzado el nuevo Coliseo, hoy Teatro Principal, lo que demuestra que el otro no llenaba las condiciones de seguridad, amplitud, solidez y hermosura; y realmente era indigno de que México, en la segunda mitad del siglo décimooctavo, tuviese un teatro de madera y único, cuando el gusto por las representaciones dramáticas se hacía sentir cada día más.

Las diversas compañías que hemos mencionado, la renta que pagaban al Hospital, los muchos autores dramáticos, entre los que había algunos tan fecundos como Vela, prueban lo que decimos.

Consolador, en fin, es para el cronista y para el filósofo encontrar en aquellos tiempos ese gusto por el arte dramático, que nos permite asegurar que había afición por lo bello, que el pueblo no sólo se recreaba en los sangrientos espectáculos de los toros, importados por los primeros conquistadores, sino que también iba á un sitio, en el que recreándose, aprendía, y aprendiendo, proporcionaba á la vez un óbolo para los desgraciados enfermos de un hospital donde eran atendidos los conquistados, los indios.